

Gotas nada más

El pueblo español ha encontrado la identidad democrática entre la ola erótica que invade de íntimas pelambres nuestros quioscos de prensa y la ola de puertas blindadas que taponan con decisión numantina la puerta de sus hogares: que hay que ver con qué fe y abundancia se está instalando el invento en la ruda piel de toro, tios. Ayer se descompuso el ascensor de casa —¿conocen?—, tuve que utilizar la escalera y los descansillos estaban tan llenos de artesanos y carpinteros que el inmueble, más que casa de ba-

rrriada, parecía un viejo grabado del puerto de Amberes con una legión de honrados menestrales recomponiendo un navío atacado por Drake. Y es que a los españoles —y, sobre todo, a los buenos españoles, a los patriotas— les ha atacado la conocida fiebre histórica de la inseguridad, y en vez de tomarse una aspirina y guardar cama, hacen proselitismo. En lugar de intentar encontrar soluciones colectivas, cada casa se ha convertido, con la ayuda de la puerta, en un cantón. Por ello, no me extrañó que Suárez, que tiene una fina percepción para las cosas de la calle y que siempre ha contado conmigo a la hora de las grandes decisiones, me llamara desde el palacio de la Moncloa para enseñarme unos catálogos.

—Antón —dijo, y bostezó de perfil—. Pdsate por casa, por favor.

Lo dijo así, por casa, con su habitual tono de sencillez y modestia, como si yo fuera una de esas vboras a quien hay que explicar que las delicias de palacio pueden constituir —como así ocurre en el caso de Adolfo— uno de esos duros sacrificios que la patria nos exige cuando se encorajina y se pone estupenda. Que también la patria es muy suya y tiene sus días.

Cuando llegué a la Moncloa estaban reunidos casi todos: Abril Martorell, Carrillo, Felipe, gentes de Comisiones y UGT y una nutrida representación de la pequeña y mediana empresa, que no se pierde ni una.

—¿Y Fraga? —preguntó Carrillo, dejando a un lado su libro de horas.

—Está con hepatitis —dijo Suárez, y añadió después con gesto torvo—: Ni tampoco han llegado muchos otros que también tendrían que estar aquí.

En ese preciso instante se escuchó una explosión en el jardín de palacio, una nube de polvo cegó las ventanas, y entre ayes, exclamaciones y prisas, cruzaron el césped, en dirección al cuerpo de guardia, dos ambulancias con las azules sirenas al viento.

—Empecemos, señores —dijo, imperturbable, Adolfo—. Según el presupuesto que me acaba de entregar Meliá, la puerta, únicamente la puerta, importa veinte mil pesetas. Exactamente —y miró el presupuesto—, diecinueve mil...

—¿No sería mejor que abordáramos el tema del terrorismo desde otra perspectiva? —atajó Carrillo, con la cara amarilla y su "Peter Stuyvesant" tieso, helado, entre sus carnosos labios de cantor de tangos.

—Marx o Willy Brandt —recitó Felipe, acariciando en su regazo, ensimismado, la fina y atónita calavera de Alfonso Guerra—: Burda contradicción.

Un ruido horrendo arrancó de cuajo las paredes del vestíbulo y una nube de yeso se abatió con una densa gasa sobre el despacho del presidente. Gritos bestiales y risas estentóreas llegaron a nuestros oídos desde abajo, mientras nuevas ambulancias corrían hacia palacio, y los supervivientes de la guardia, desorientados, cavaban una trinchera, a campo abier-

to, bajo los hermosos abedules.

—Lo que más me irrita es el precio del cerquillo metálico —dijo Adolfo, sacudiéndose el polvo del traje. Los fieros ojos del tigre de Cebreros brillaron con decisión en su cara cubierta de yeso—. Casi siete mil pesetas por unas tiras de hierro me parece excesivo.

—Hay que proteger a la siderúrgica, Adolfo —dijo Abril con su habitual encanto—. Con cerquillos o sin ellos.

—¿Qué opina usted, Marcelino? —preguntó Suárez.

Yo estaba seguro de que Camacho tendría que decir mucho acerca de las medidas antiterroristas, pero como el hombre tiene una rapidez de palabra que da miedo, expectó tres esquivas de metralla y replicó sentenciosamente que, antes de decidir, había que ver la puerta.

Pasamos a una vasta sala contigua, en cuyo centro, fijada al suelo, como una extraña guillotina, se había montado la puerta.

—En esas cajas están las cerraduras —señaló Adolfo—. La puerta tiene cuatro puntos de anclaje.

—Y la mano de obra —interrumpió desesperadamente el representante de la pequeña y mediana empresa—. ¿Qué supone, en el conjunto del presupuesto, la mano de obra?

—Un momento —titubeó Adolfo—. No tengo aquí el dato.

—Ese es el problema —dijo el tipo, que se extrañó los grumos de polvo de las fosas nasales con un destornillador—. Que el Gobierno no tiene datos, no sabe nada sobre la pequeña y mediana empresa.

Les oímos llegar. Estaban al otro lado del tabique y, entre risas siniestras no del todo contenidas, moldeaban goma-2 en el marco de la puerta del despacho. Hubo un silencio denso y, luego, una voz cuchicheó fuera:

—¿Mecha o detonador?

La explosión fue horrorosa. Cuando se disipó la nube, el palacio de la Moncloa había desaparecido prácticamente entre montones de escombros. Sólo nosotros, acurrucados al otro lado de la puerta, habíamos logrado sobrevivir. Cuando llegaron las ambulancias desde Argüelles, Suárez las saludó alegremente con la mano y luego señaló la puerta:

—¡Me quedo con ella! —gritó, entusiasmado—.

¡La compro!

Y antes de que nos llevarán al hospital, Adolfo "El Bueno" encargó puertas para todos. ■

LA PUERTA

ANTON AMARGO

triumfo

DIRECTOR

José Ángel Ezcurra

SUBDIRECTOR

Eduardo Herrero Teaglen

JEFE DE REDACCION

Victor Márquez Reviriego

REDACCION

Bernardo de Arribabala ● Carmen Fernández Ruiz ● Joaquín Ribago ● Cristina Rubio ● COLABORACION: Juan Aldeabanda ● Antón Amargo ● José Aumata ● Félix de Azúa ● Pablo Barbán ● Antonio Burgos ● M. Campa Vidal ● Silvestre Codex ● P. Costa Marata ● Ramiro Criónbal ● J. Cruz Ruiz ● Juan Cuesta ● Ramón Chao ● Alvaro Fajó ● Tomás Ramón Fernández ● I. F. de Castro ● Carlos Fuentes ● Diego Galés ● J. L. García Delgado ● Gonzalo Golecochea ● José A. Gómez Merín ● Fernando González ● Juan Guizale ● Eduardo de Guzmán ● E. Haro Ibers ● Juan A. Hornigón ● Fernando López Agudín ● Diego A. Manrique ● Jaime Millán ● E. Mirat Masalana ● Juan Molá ● José Mozlebe ● Isaac Montero ● J. M. Moreno Galván ● Cristina Parí Rossi ● Pazuolo ● Carlos M. Rama ● Luis Racionero ● Ignacio Ramonet ● A. Ramos Espajo ● José Ramón Rubio ● Fernando Saverio ● Julio Segura ● Juan Seseñt Josa ● Ignacio Sotelo ● Julia Uvaille ● Dr. J. A. Valbuena ● José M.ª Vez de Sosa ● Rodrigo Virquez Prado ● Martín Vilamara ● J. Zamora Torres ● ILUSTRACIONES Y HUMOR: Feiffer ● Quino ● Ramón Saldá ● Zamorano ● SERVICIOS ESPECIALES: L'Espresso ● Le Nouvel Observateur ● Prensa Latina

DIRECCION TECNICA Y DISEÑO: Antonio Castaño ● CONFECCION: Trinidad Castaño ● Luis M. Torres ● FOTOGRAFIA: Ramón Rodríguez

EDITA

Prensa Periódica, S. A. Pl. Conde Vello Sachil, 20. Teléfono 447 27 00. MADRID-16. Cables: PRENSAPER. Télex: 43840 TRFO-E

GERENTE

Juan Carlos Aramburu

CONTABILIDAD: Carlos Utaed. EXPERIENCIA: Manuel Fernández. PROMOCION Y DIFUSION: Manuel Coutago. SERVICIOS GENERALES: Araceli Ramírez. SUSCRIPCIONES: María José Urizama



PUBLICIDAD

REGIE PRENSA: Joaquín Moreno Lago, Rafael Herrera, 3, 1.ª A. Teléfonos 733 40 44 y 733 21 88. MADRID-16. Emilio Becker, Paseo de Grecia, 101. Teléfonos 218 42 55 y 218 41 71. BARCELONA-11

IMPRESION: Hoeser y Masat, S. A. Plaza, 19. MADRID-6. Depósito Legal: M. 1.272-1958

DISTRIBUCION:

Marto Ibérica, Distribución de Ediciones, S. A., Carretera de Irún, kilómetro 13,350. Madrid-34.

COPYRIGHT BY TRIUMFO 1979. Prohibida la reproducción de textos, fotografías e dibujos si son citados su procedencia. TRIUMFO no devolverá los originales que no señalen previamente ni mantendrá correspondencia sobre los mismos. Printed in Spain.

PRECIO CÁMARAS (incluye iver) 75 PTS. EJEMPLARES ATRASADOS: 70 PTS.